

Zeitschrift: Schweizer Revue : die Zeitschrift für Auslandschweizer
Herausgeber: Auslandschweizer-Organisation
Band: - (1975)
Heft: 9

Artikel: La Cruz Roja
Autor: [s.n.]
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-910819>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 31.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

LA CRUZ ROJA

I.— Una antorcha ejemplar: Florencia Nightingale.

Corre por la Crimea de la meridional y santa Rusia el año de 1954 cuando el desatado huracán de las bajas pasiones en los hombres convierte a sus campos en sangriento escenario de guerra, en los que se disputa el reconocimiento de la neutralidad del mar Negro entre ésta y Turquía, que tiene por fraternos aliados a los pueblos inglés y francés. La lucha es penosa, las batallas, cruentas; la muerte y el dolor asolan por igual a ambos bandos que no se dan tregua ni descanso. Numerosos los contendientes que hallan la muerte; muchos los heridos. Estos no encuentran una mano generosa que les atiende en su dolor hasta que llega desde las costas inglesas una extraordinaria mujer, Florencia Nightingale. Había cursado estudios de medicina y cirugía anteriormente en su país y al frente de otras cuarenta inglesas, comprometidas por ella en la empresa, llega primero a Escútari y luego a Balaklava, organizando unos rudimentarios servicios hospitalarios con el fin de atender al cuidado de heridos y enfermos. Cumple al propio tiempo con el deber de dar sepultura a los muertos.

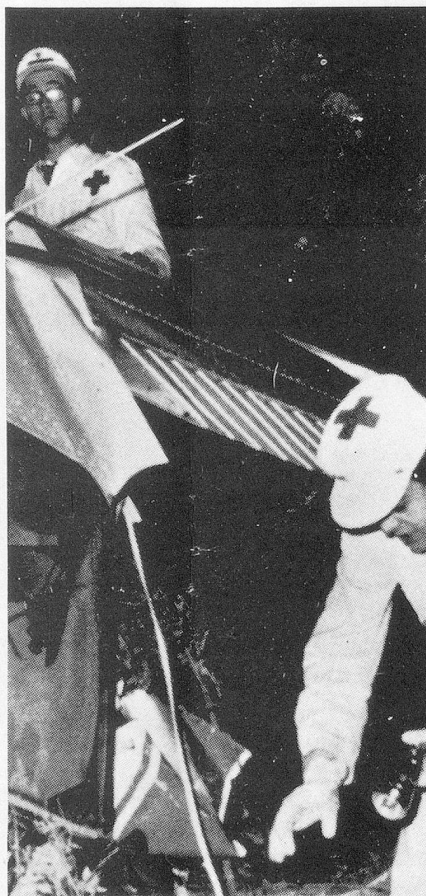
Era aquella una mujer joven aún, 34 años, grata presencia, personalidad recia, cuyo maternal afán habría de conducirla, incluso durante las noches, al sangriento teatro de lucha para prodigar el amoroso cuidado de sus manos a los que no podían seguir la contienda, cerrando los velados ojos de quienes su alma caminaba a la eternidad.

Jamás abandonó el puesto que la vida le reservó ni estableció diferencias de uno a otro combatiente. Al término de la guerra, en 1956, con la victoria aliada, regresa a Inglaterra. Crea una escuela para la preparación de enfermeras, al frente de la cual figura como principal y activo elemento, formando sucesivas promociones de estas abnegadas mujeres que tantas veces han prodigado el consuelo de sus curas.

Cuando su nombre se extiende, dilatándose hasta los límites sin fronteras de la universalidad, cuando sus

años vislumbran ya la llamada a la mansión de otra vida, recibe condecoraciones, títulos y honores, menguada recompensa para quien nunca pensó en ellas, considerando suficiente compensación el estímulo del deber cumplido, la gratitud, las bendiciones; en suma, de aquellos para quienes fue pródiga en ternura y cuidados. A los 90 años su corazón se detiene dejando luminosa estela de sus buenos sentimientos.

La celosa leyenda, envidiando su gloria terrena, se encarga de decirnos que el poema "Santa Filomena", el escritor y poeta norteamericano Enrique Longfellow, está inspirado no sólo en su obra sino en su misma vida. Antorcha ejemplar fue toda ella, sin cuyo resplandor no hubiera sido posible preparar la cimentación de los grandes pilares de esta maravillosa y humanitaria institución que es y se llama por providencial designio Cruz Roja.



II.— Filántropo e idealista: Juan Enrique Dunant.

Una vida discurre en paralelo a la de Florencia, la de un acomodado banquero y escritor, suizo y ginebrino, Juan Enrique Dunant.

Dunant es un joven inquieto, tímido, reservado, casi enfermizo, que llega a conocer la abnegación de aquella mujer y se convierte en un insistente pensador de la obra inmensa, por femenina y humana, llevada a cabo en Crimea por tan singular y admirable inglesa. Con sus 25 años medita que la luz de su vida se hizo realidad para algo más positivo que el rutinario y cómodo vivir; su exaltada imaginación concibe la creación de una asociación de carácter internacional que pueda atender debidamente a aquellos combatientes heridos de guerra que caen en el cumplimiento de sus segrados deberes para con la patria.

La empresa ha de ofrecérsele ardua; el camino, lleno de abrojos y obstáculos, más el espinoso sendero no ha de ser resbaladiza muralla insalvable que no pueda ser superada si en ella no se pone el tesón necesario y preocupado para su consecución en un plazo de tiempo indeterminado, pequeño o grande. Ya conseguida nos da la medida exacta de lo que el esfuerzo, la firme voluntad, puede lograr al convertir en realidad un imposible y fantástico sueño lleno de belleza incomparable.

Los negocios de la banca de su casa le llevan camino de Italia; es testigo ocular de la sangrienta y trágica batalla de Solferino (1859), en la que los italianos lograrían su independencia derrotando por completo a los austríacos. Ante tanto dolor, sufrimiento, angustias y calamidades que le estremecen, Juan Enrique Dunant se olvida de sus bienes, se traslada a Castiglione; crea a sus expensas un hospital en el propio templo parroquial, ya que los próximos a la contienda eran arrasados totalmente al divisarse el color de sus respectivas banderas por los contrarios.

Su inquieta idea de crear esta institución, que más tarde sería la Cruz Roja, se hace cada vez más firme. Reúne en torno suyo, en su casa de Ginebra, a un pequeño grupo de ami-

gos a quienes hace partícipes de su abnegado proyecto. Su doctrina es calurosamente acogida entre aquellos que más tarde le prestarían su apoyo, su entusiasmo. Poco a poco la filantrópica idea gana adeptos. Algunos sacerdotes propagan desde el púlpito de sus respectivas iglesias tan hermoso deseo.

Importante financiero de su época, con poderosos medios económicos, con extraordinaria relaciones entre las más brillantes clases sociales, la figura y nombre de Dunant eran sobradamente conocidos en el mundo. Eterno viajero, comenzó a visitar las cortes de Europa con el fin de dar a conocer su humanitario proyecto. El desinterés por sus propios medios materiales, su grandeza de corazón, su gigantesca capacidad diplomática, toca todos los registros en donde puede hallar apoyo, aunque encuentre el alma mezquina de burócratas y usureros. Indudablemente, como todos los grandes genios del siglo XIX, tropezó con insospechados obstáculos, pero su enorme capacidad mental, su tesón, supo allanar cuantos se le presentaron.

La causa que tantos desvelos e incalculables trabajos hubiera de costarle, a este apaciguador de dolores que fue Juan Enrique Dunant, ha comenzado ya (1864). Las tímidas vacilaciones con que empieza a caminar se convierten en torrente tempestuoso sin contención posible, arrollando a la pared de egoístas que se oponen a su paso.

Más en el transcurso de la cimentación y andamiaje de su gran creación Dunant pierde el resto de sus bienes, de aquellos que le quedaran después de haber consagrado la mayor parte en su obra; el oleaje de la vida le encamina a la playa de la miseria, lejos de las vanidades terrenas a las que renuncia sin demasiado sacrificio. La pobreza le devuelve la paz que ansiaba. En el recuerdo de las fechas vividas encuentra el sosiego, en una desnuda habitación del asilo de ancianos de Heiden, hasta donde acuden las húmedas brisas del lago Constanza, olvidado ya de cuantos buscaron su compañía en la prosperidad y la riqueza. Allí su venerable y blanca cabeza y barba, llenas de luz —nieve acumulado en el largo invierno de los años—, son descubiertos por Berta Von Suttner, predilecta amiga de Alfredo Nobel, de éste que legó a su muerte cuantiosos bienes para el fomento de la paz y de las ciencias, otorgándosele, en 1901, el primer premio Nobel de la Paz al hidalgo, el quijotesco suizo que temerosa, humilde, mo-



destamente lo acoge para renunciar más tarde a aquella fortuna que se le viene a las manos a favor de los que consideró más pobres desnudos y míseros que él, aceptando ya hasta sus últimos días el venerable hábito de la pobreza, que dejó de vestir el 30 de octubre de 1910, deseando, según nos cuenta su testamento —como si su gesto fuera el grito de rebeldía ante la injusticia de una sociedad torpe, olvidadiza e inhumana—, “ser enterrado como un perro, sin ninguna ceremonia”.

Los restos de este esperanzado paladín del humano dolor, auténtico cristiano, se hallan reposando el sueño eterno en la ciudad de Zurich. La actual generación ha olvidado en parte su nombre, que debe ser encumbrado entre los primeros apóstoles de la paz universal.

Filántropo, fue su sentimiento íntimo abarcar con amor a todo el género humano sin distinción de razas, religiones, credos o matices; idealista, porque sin la pureza del noble ideal en su más bello significado no hubiera podido ser concebido tan complejo proyecto y poderlo convertir en verdad efectiva, siendo el primer centinela de esta avanzadilla de la redención del dolor que se llama Cruz Roja, hermosa, meritísima obra por él lograda.

III— La Institución

En los albores de 1864 la idea de Juan Enrique Dunant permite ver la luz de esta asociación, que, aún con carácter privado, ha de tener ámbito internacional más tarde. La primera nación que firma la convenio de Ginebra es España, que lo hace el 22 de

agosto; ya constituida, el 6 de julio nace la Cruz Roja Española en la que jugó singular, importante, principal papel, por su entusiasmo en fomentar la misma, el doctor Landa.

La primera comisión que funciona en Ginebra está formada con Dunant por un general suizo, Dofour, que sobre su carne sintió los zarpazos de la guerra, por un abogado, Moynier, y dos médicos, Maunoir y Appia. En la sesión de las reuniones previas a la creación de la Cruz Roja, celebrada en 9 de noviembre de 1863, con el Cuerpo Diplomático acreditado en Suiza se contrae el compromiso a fin de que, en tiempo de futuras conflagraciones, las ambulancias, personal con emblema de la benéfica institución, así como aquellos edificios en que figurase izada su bandera, fueran considerados neutrales, compromiso que comenzó por respetarse. En el andar de los días se olvidó en algunos casos. Triste falta por la traición que supone y las víctimas que tan torpe proceder ocasionan.

Posteriormente vendría la Conferencia de Berlín, en 1869; más tarde, la de 1882, en Bruselas, en la que se dió a la Institución el sentido de internacional, conforme a la apostólica idea de su fundador; luego la de Viena, en 1897, y, por último, la de San Petersburgo, en 1902, reconociéndose por todos los asistentes como sede central la de Ginebra, sin perjuicio de que la correspondiente a cada país tuviera carácter autónomo, regulando la organización interna los dirigentes nombrados a tal fin como tribunal superior.

Los balbuceos de la Cruz Roja han de ser, necesariamente, como toda gran obra que comienza, imperfectos, defectuosos. Con el transcurso del tiempo acaba por dotarse de los últi-

LA CRUZ ROJA

mos adelantos científicos, estando considerada hoy como modelo de organización frente a tanto dolor y barbarie.

En principios los fines a que se sujeta son los de cuidar a los heridos de guerra. Más tarde extenderá su radio de acción a fines sanitarios benéficos, llevando a cabo la creación de hospitales y servicios en donde son atendidos toda clase de enfermos por diversos facultativos que colaboran con extraordinario celo, competencia y desinterés en favor y alivio de tanta recóndita dolencia.

Forman anónima legión en el permanente trabajo silencioso benefactores grupos de médicos, auxiliares, enfermeras, religiosas. Citemos también a los abnegados voluntarios de las Brigadas de la Cruz Roja, verdaderos héroes anónimos, cuya carne desgarrada en girones quedó muchas veces colgada en una alambrada o entre los escombros. En donde quiera que exista una concentración de gentes, esos grandes núcleos humanos que arrastra consigo la vistosidad de un desfile militar o un festejo deportivo, allí se encuentran ellos, centinelas en vigilia permanente que sin desmayo laboran en favor del prójimo, dura labor que no tiene otra compensación que una serena conciencia y acaso el estímulo de hallar la muerte en el momento más inopinado.

La Cruz Roja no cuenta oficialmente con ayuda alguna. Se nutre de fondos recaudados en fiestas o rifas de carácter benéfico, de aquellas donaciones que efetúan filantrópicos amigos que reconocen justamente la abnegación, el sacrificio y el trabajo de cuantos participan en la gran tarea de

devolver al mundo el perdido camino del amor, de la tolerancia, de la comprensión. Templada inquietud del hombre que habiendo nacido poderoso murió pobre, oscuro y olvidado en una desnuda habitación de un asilo de ancianos, hasta donde llegan las húmedas brisas del lago Constanza.

IV.— Pureza y fortaleza.

Así como cada nación se agrupa en torno al símbolo patrio que es su bandera, todos los pertenecientes a la Cruz Roja lo hacen al lado de la suya, cuyos colores les son comunes: cruz roja sobre fondo blanco. Colores invertidos de la enseña helvética de donde se tomó por ser uno de sus hijos quien hizo realidad tangible terna y humanitaria institución.

En mi entender también cruz como símbolo sagrado, máximo y eterno del dolor; roja, como la sangre que mana de la abierta herida sin posible contención. Como el propio color de este significado amable de la vida que son las flores —blancas y rojas— que han de cubrir las tumbas de estos filántropos e idealistas que se llamaron Florencia Nightingale y Juan Enrique Dunant en el amanecer de cada mañana. Colorido que marca con acierto el signo pureza y fortaleza de estas vidas que fueron antorchas ejemplares en el mundo de la inmortalidad, en donde sus nombres son imborrable letra. Ellos formaron primera línea en la vanguardia de la lucha frente al dolor y estarán siempre en la memoria y el corazón de las gentes de buena voluntad.

cuento

El presente cuento de J. Carlos Mimblera, resume el ansia de vivir, la esperanza de un hombre, el hombre universal, constreñido por el medio ambiente del que quiere salir pese a todo, escapándose por cualquier resquicio, aunque el resquicio le conduzca a la locura.

Este cuento que ha inspirado numerosos guiones radiofónicos es de una lectura a primera vista difícil, puesto que el pensamiento del protagonista, sus vivencias personales, lo que realmente conversa con la gente que está a su lado, se entremezcla creando una técnica relativamente nueva que logrará mantener un "clímax" de permanente angustia en el lector.

El reloj eléctrico de la empresa había sonado como siempre como lo hiciera día tras día a la misma hora—al dar las siete. Inmediatamente, un enjambre apresurado de gentes, en todo el país, dejaban amontonados sobre sus respectivas mesas de trabajo un sin fin de herramientas; cables, máquinas de escribir, aparatos de precisión, papeles a medio rellenar. A las siete en punto sólo se podía escuchar, entre el trasiego de automóviles, el sonsonete de los cierres metálicos, el apresuramiento de los candados y cerrojos que en un mismo intervalo se cerraban se envolvían entre ellos mismos, el roce de varios millares de abrigos. Efectivamente: al fin había llegado el instante en que todas las puertas de París se cierran.

Aquél ejército caminaba ya hacia los portones recién abiertos de la fábrica, se

TRUMPY Y SIRVENT, S. A.

Avda. Generalísimo, 4 - MADRID - 16

DISTRIBUIDORES EN EXCLUSIVA PARA ESPAÑA, DE LAS MARCAS SUIZAS

HERMES: Máquinas de escribir, calcular y de organización.

ELNA: Máquinas de coser.

ELNAPRESS: Revolucionaria máquina doméstica, para planchar tranquila y sin esfuerzo: Una camisa en 4 minutos.

PASSAP: Máquinas de tricotar.

BONIFICACION ESPECIAL PARA LA COLONIA SUIZA



SWISSAIR

Le brinda la posibilidad de conocer

INDIA Y NEPAL

Con salidas: 1 mayo 3 julio 4 septiembre
20 marzo 5 junio 5 agosto 2 octubre

Quince días de duración, hoteles de lujo, pensión completa, excursiones incluidas

PRECIO POR PERSONA:

**CONSULTE A SU
AGENCIA DE VIAJES**

59.800 ptas. desde Madrid
59.500 ptas. desde Barcelona